

**LOS CONFLICTOS MUNDIALES
Y SUS EFECTOS ENTRE NOSOTROS**

**THE WORLDWIDE CONFLICTS AND ITS
EFFECTS AMONG US**

**Ivo Priamo Alvarenga
Escritor e Investigador**

REALIDAD Y REFLEXIÓN

Reality and Reflection

22

Año 7, Nº 22
Year 7, Nº 22

San Salvador, El Salvador, Centroamérica
San Salvador, El Salvador, Central America

Revista Cuatrimestral
Quarterly Journal

enero-abril 2008
january-april 2008

Los conflictos mundiales y sus efectos entre nosotros*

The worldwide conflicts and its effects among us

Ivo Príamo Alvarenga
Escritor e Investigador

Durante un cierto periodo, en Nicaragua había un gobierno opresor que generaba rebeliones por todos lados, hacía pensar que el país recurriría a Cuba, cuya intervención provocaría otras participaciones. La guerra caótica habría rebalsado a Centroamérica. El marxismo-leninismo puede convivir y cooperar con la democracia al interior de un país. Es posible que un gobierno marxista-leninista pueda coexistir pacíficamente con otros de naturaleza democrática. Para ello, se necesita una práctica sana, humana, patriótica y realista. No hay motivos para que ello no pueda darse en Centroamérica. El Salvador ha elegido la vía del pluralismo que orientará la vida nacional en el futuro. El esfuerzo por convivir con los marxistas-leninistas depende de los no marxistas, de los no leninistas, de los marxistas-leninistas y de los que se apropian de su lenguaje; tendrían que renunciar a rígidos esquemas ideológicos y reconocer que su filosofía política es una más de un amplio espectro, sujetas a verdades y errores como las demás. CONFLICTOS INTERNACIONALES.

During a certain period, in Nicaragua an oppressing Government that was generating rebellions everywhere, made somebody think that the country would turn to Cuba, whose intervention would provoke other participations. The chaotic war would have overflowed Central America. The Marxism-Leninism can live together and cooperating with the democracy to the inside of a country. It is possible that a Marxist-Leninist Government may coexist peacefully with other ones of democratic nature. For it, you need a healthy, human, patriotic and realist practice. There are no reasons to think that it may not take place in Central America. El Salvador has elected the road of the pluralism that will guide the national life in the future. The effort to live together with the Marxist-Leninists depends of non Marxists, of non Leninists, of the Marxist-Leninists and the ones who take possession of his language and; They would have to quit to rigid ideological schemes and recognizing that his political philosophy is one over an ample specter, held to truths and errors as the others. INTERNATIONAL CONFLICTS.

1. EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

Digamos, para empezar, que vivimos en el mejor posible de los mundos.

Esta frase, quizás incorrecta gramaticalmente, es la manera más sintética, pero más profunda, de exponer nuestro punto de partida.

Queremos ser optimista y al mismo tiempo realista. Según Sorensen, nadie definió tan bien a John Kennedy como su esposa Jacqueline cuando dijo que era “un idealista sin ilusiones”.¹¹

Esa es la actitud que queremos asumir, es esa revista: la de aspirar siempre a lo mejor, sin perder conciencia de que obtendremos solamente lo posible.

Cuando afirmamos que este es el mejor de los mundos, estamos adoptando un criterio propio del pensamiento positivo, tan necesario para obtener importantes realizaciones ya a escala individual, ya en el ámbito colectivo.

Una vez le dijeron a la hija de Arturo Toscanini: “Su padre debe ser feliz, pues tiene todo lo que ama” Sí -contestó ella- mi padre es feliz, pero “porque ama todo lo que tiene”. Esa es la mejor manera de enfrentar la vida: amar todo lo que se tiene. Y nosotros tenemos sólo este mundo.

No queremos, pues, afirmar que el mundo en que vivimos es perfecto. Al contrario, nos percatamos de que está lleno de dolor e injusticias; que se encuentra desgarrado profundamente por conflictos mayores y menores.

Llamamos conflictos menores a aquellos que por sus motivaciones o su escenario tie-

nen carácter local, como los ocasionados por movimientos independentistas (Irlanda del Norte, Córcega, País Vasco, por ejemplo), religiosos (Irlanda del Norte nuevamente), raciales (nuestros antípodas de ese bellissimo país que es Sri Lanka), e incluso tribales (Nigeria en el pasado; Chad, en cierto modo hoy). “Menores” por supuesto, suena a ironía.

Cuando se empezaba a disparar en la guerra de Korea y caían los primeros muertos, el enfrentamiento oficialmente no existía; el mundo diplomático lo negaba.

Un cronista de los entonces famosos noticieros cinematográficos, únicos que transmitían en esa época imágenes vividas de los acontecimientos, comentaba ante los primeros catafalcos de jóvenes soldados: “Para el mundo la guerra no ha empezado; para esos muchachos, ha terminado”.

Algo parecido podría decirse de un conflicto local: para el mundo es un conflicto menor; para quien en él sufra o muera, es el mayor de los conflictos.

El conflicto mayor por definición, dadas sus dimensiones ideológicas o el número de personas que afecta, es ante todo el conflicto Este-Oeste, según se denomina la pugna entre los llamados países occidentales y los llamados países del Este, conforme a una visión que toma a Europa como punto de referencia; y que, por ello, por eurocentrista, es parcial y esquemática.

Otro conflicto mayor es el llamado Norte-Sur, también denominado así con una visión eurocentrista, que contrapone los países ricos a los países pobres.

Pero el mayor conflicto es el que se da entre economía de mercado y economía centralmente planificada. Le sigue en

importancia el conflicto entre autoritarismo y democracia. La combinación de los dos, es lo que mayor derramamiento de sangre, destrucción y sufrimiento causa en el mundo de hoy.

2. EL CONFLICTO ESTE-OESTE

A veces, se denomina conflicto Este-Oeste a la contraposición entre autoritarismo y economía centralmente planificada por un parte; contra democracia y economía de mercado por otra.

A veces por conflicto Este-Oeste se entiende la pugna entre la Unión Soviética y Estados Unidos; a veces, esa misma pugna entre los aliados de la una y el otro, es decir entre el Pacto de Varsovia y la Organización del Tratado del Atlántico del Norte.

Tales expresiones, aunque eurocentristas y, como decíamos parciales y esquemáticas, son de uso tan frecuente que han adquirido legítima carta de ciudadanía en el lenguaje político.

Sin embargo al momento de tomar posición ante la problemática fundamental del mundo contemporáneo, no debemos caer en engaños. No podemos simple y sencillamente divorciarnos del conflicto Este-Oeste o identificarnos con él, sin hacer las debidas aclaraciones.

A menudo suele decirse que el conflicto Este-Oeste es ajeno a nosotros, incluso a nuestros intereses. Si por tal se plantea la disyuntiva Pacto de Varsovia/OTAN, obviamente no tenemos nada qué hacer en ella.

No porque no nos incumba, puesto que el equilibrio o el desequilibrio militar entre ambos bloques tiene una influencia directa sobre nuestro destino. Sino porque el peso económico, político y militar que tenemos es tan reducido, que no podemos entrar en esa confrontación.

Si por Este-Oeste se entiende, en cambio, la lucha entre autoritarismo y democracia, no tenemos duda ninguna en alinearlos con la segunda. Sin embargo, el hecho de que



vivamos en el mismo mundo, nos obliga a coexistir con los regímenes autoritarios.

Y si nuestro país coexiste con regímenes autoritarios de derecha, bien puede hacer lo mismo con regímenes autoritarios de izquierda. En ello va en juego, en gran medida, la independencia nacional.

Si como Este-Oeste se considera la discrepancia entre economía centralmente planificada y economía de mercado, también no vacilamos en inclinarnos por la segunda.

Primero porque ni esta revista, ni el Centro que la publica, son movimientos políticos que pretendan transformar la institucionalidad fundamental del país. Al contrario, ambos enmarcan su conducta dentro del régimen constitucional vigente, el cual sanciona sin equívocos un sistema de economía de mercado.

Segundo, porque la economía centralmente planificada, en todos los países donde modernamente se ha establecido, ha conllevado el ahogamiento de muchas libertades individuales, que son esenciales para la dignidad humana.

Economía de mercado no significa, sin embargo, libertad, económica absoluta, ni mucho menos libertad de explotación. Quienes sean partidarios sinceros de la economía de mercado, deben saber que su mejor defensa, su mejor justificación, reside en la capacidad que demuestre de provocar un adecuado desarrollo, cuyos beneficios se distribuyan equitativamente en toda la sociedad.

Para ello, las fuerzas económicas deben ser oportunamente coordinadas y canalizadas hacia el bien común.

Si ha de tomar posición, pues, ante las grandes alternativas que se presentan a la humanidad de hoy, esta revista aboga por la real independencia de nuestro país y el mantenimiento de buenas relaciones con todos los pueblos y gobiernos del mundo.

Se adhiere a los principios de la democracia representativa y a los de la economía de mercado, como medios para alcanzar la prosperidad en libertad.

3. MARXISMO-LENINISMO O DEMOCRACIA

Algunos juzgarán académico o falso, el precedente cuadro de conflictos mundiales. Preferirían que se hablase de lucha entre pobre y ricos, entre dependencia y liberación, poniéndose obviamente ellos mismos en el extremo más honroso y valiente de la disputa.

Esa contraposición es falsa. Los choques armados de nuestros días a menudo enfrentan dos proyectos distintos de dominación. Los ricos nunca combaten directamente y sólo eventualmente por delegación.

Normalmente esperan a que otros resuelvan las luchas para luego sumarse al vencedor... si éste se lo permite. Los pobres combaten siempre; a menudo sin saber por qué.

Y quienes dicen batirse por ellos, con frecuencia se vuelven los principales causantes de su dolor, de su miseria y su opresión⁽²⁾ No hay malabarismo ideológico capaz de subvertir esas realidades que están a la vista de todos.

Cierto, hemos hablado de que uno de los conflictos mayores en el mundo de nuestros días es el que ve en ángulos

opuestos a países ricos y países pobres. Pero de ello no se originan guerras; al menos no se han originado hasta hoy.

Ese combate se libra a diario en foros técnico-diplomáticos: ojalá sólo allí se desarrollaran los demás conflictos.

Otros querrían que señalásemos como extremos irreconciliables el marxismo-leninismo por un lado y la democracia representativa por el otro.

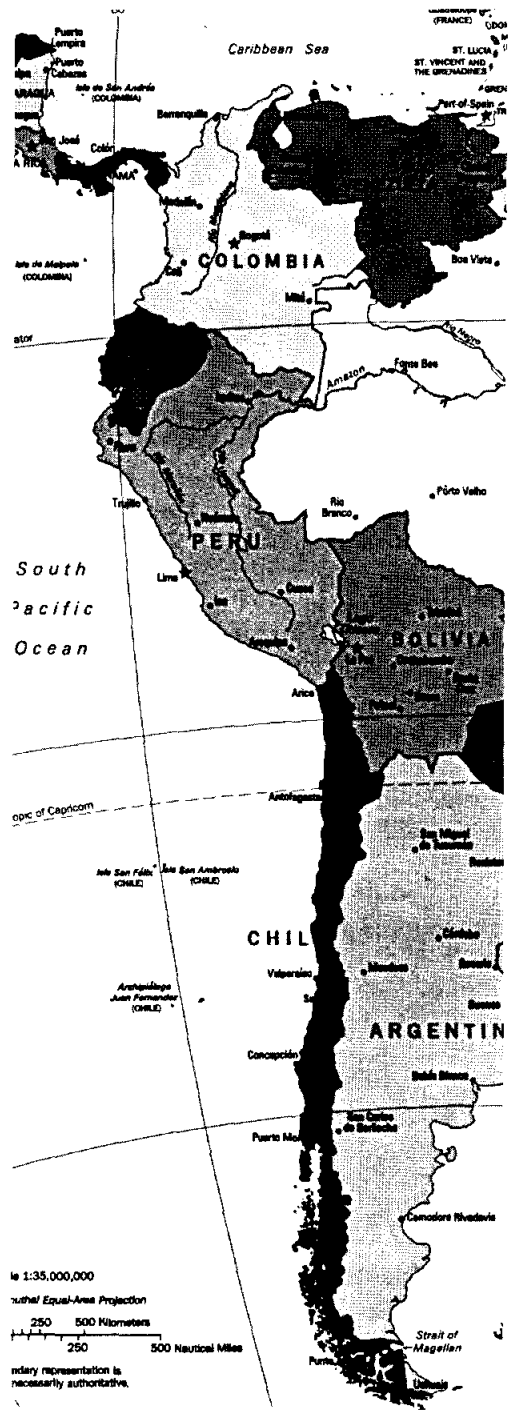
Parcialmente tendrían razón. Bettino Craxi, el prestigioso líder socialista italiano que acabamos de citar, ha demostrado en un histórico ensayo que el autoritarismo totalitario de los países del socialismo real, no es una perversión de su doctrina de base, sino una consecuencia directa y necesaria del leninismo.⁽¹⁾

Comienza por señalar que ya Prudhon había profetizado con extraordinaria agudeza los resultados de su rígido estatismo colectivista: una servidumbre universal, una especie de restauración del despotismo asiático, por lo cual el comunismo para él era "un absurdo antediluviano".

Recuerda al gran dirigente socialista que hasta la publicación de "¿Qué hacer?"

Lenin era un marxista ortodoxo; y como tal creía que el socialismo se realizaría en un país capitalista avanzado, a condición de que la clase obrera hubiese allí alcanzado un elevado grado de conciencia y de madurez cultural.

A partir de ese escrito, Lenin cambia radicalmente. La revolución para él debe ser guiada por una élite intelectual de "revolucionarios de profesión". La clase obrera





debe obedecer a esa minoría selecta que tiene el derecho-deber de liberarla, guiada por la "ciencia marxista".

Por eso, continúa Craxi, Trotski, Plekanov y Rosa Luxemburgo acusaron a Lenin de "sustituisimo". Rosa Luxemburgo describió mejor que nadie las consecuencias elitistas y burocráticas que se derivan de esa concepción: un centralismo despiadado que degrada al proletariado militante a dócil instrumento de un comité.

Lo cual equivale a decir que el leninismo no es, como erróneamente se sostiene, la ideología de la clase trabajadora, sino la justificación filosófica del derecho histórico de los intelectuales, de gobernar autocráticamente las masas de trabajadores.

Esa crítica de escritores clásicos tan autorizados como Rosa Luxemburgo, la recogen militantes y pensadores contemporáneos según Craxi. Por ejemplo, los hermanos Cohn-Bendit, líderes de la revuelta juvenil del '68, han definido "¿qué hacer?", como la justificación teórica de la sumisión de la clase y han visto en Stalin al continuador de la obra de Lenin que consiste en "Decapitar al proletariado para poner al partido a la cabeza..."

El "sustituisimo" leninista dio sus frutos, como dice Isaak Deutscher, ya que si la clase obrera no se encuentra en el momento de ejercer el poder, "lo ejerce a su nombre la "vanguardia consciente", camino por el cual se llega fácilmente a la "dictadura de la burocracia, al poder incontrolado y a la corrupción a través del poder".

El leninismo, señala el gran dirigente de la moderna izquierda europea, parte de la convicción de que la humanidad ha sido degradada por la aparición de la propiedad privada, la cual desintegró la comunidad primitiva y desencadenó la lucha de clases.

De donde surge la necesidad de restaurar la unidad originaria, haciendo prevalecer la voluntad colectiva sobre la voluntad individual, el interés general sobre el particular, hasta llegar a la sociedad totalmente igualitaria, sin clases sociales, donde incluso se vuelve innecesario el poder del Estado.

Pero para arribar a ese "totalitarismo del consenso", se debe pasar por el "totalitarismo de la coerción" a través de una dictadura de partido que Lenin describió como un poder que se apoya directamente sobre la violencia y que no está vinculado por ninguna ley.

El comunismo leninista, señala Craxi, tiene como meta final “el paraíso en la tierra” (según expresión del mismo Lenin), “un Reino de Dios sin Dios”, es una religión disfrazada de ciencia, que pretende haber encontrado una respuesta para todos los problemas de la vida humana.

Como bien dice Giles Martinet, prestigioso intelectual del Partido Socialista francés, el leninismo es una doctrina milenarista que, una vez al poder, no puede sino producir un Estado ideológico regido por una casta.

Como afirmaba Bertrand Russell, el marxismo-leninismo se funda sobre la idea de que debe existir una autoridad ideológica (el partido) que establece autocráticamente los confines que separan el bien del mal, la verdad del error, lo útil de lo dañino.

La democracia, por el contrario, presupone la existencia de una pluralidad de centros de poder (económicos, políticos, religiosos, etc.) en competencia entre ellos, cuya dialéctica impide la formación de un poder absorbente y totalitario. En la sociedad pluralista no hay ninguna filosofía oficial de Estado, ninguna verdad obligatoria.

En la sociedad pluralista, las leyes de la competencia no operan sólo en la esfera de la economía, sino también en la de la política y en la de las ideas. Leninismo y pluralismo, concluye Craxi, son términos antitéticos: si prevalece el primero, muere el segundo.

Hay en todas las afirmaciones precedentes de Craxi, apoyadas sin reservas por el mejor pensamiento socialista democrático europeo, una innegable verdad de fondo: que el marxismo-leninismo en el poder es incompatible completamente con la democracia pluralista.

Sin embargo como lo demuestra la misma situación italiana y en general la de Europa Occidental, el marxismo-leninismo fuera del poder, no sólo es compatible con la democracia, sino que puede contribuir a su establecimiento y consolidación.

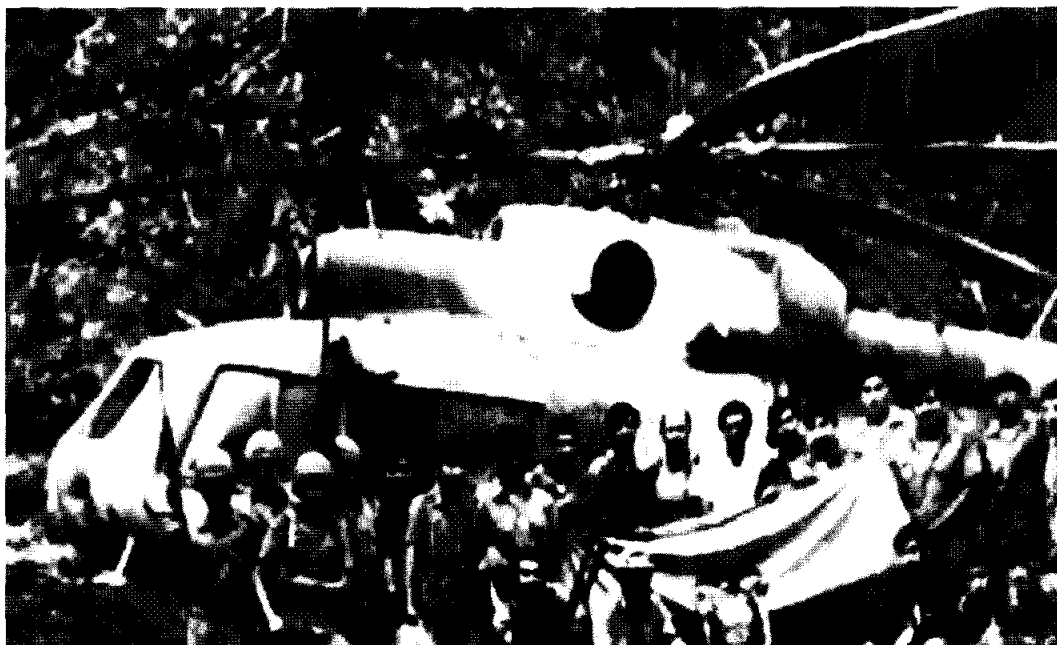
En Italia, la lucha contra el fascismo logró una conjunción de fuerzas democráticas en la cual se unían el Partido Socialista, entonces apegado a un rígido marxismo del cual hoy se ha alejado; el Partido Comunista, en esa época como hoy, marxista-leninista; junto a grupos cristianos y liberales.

Esas fuerzas son las mismas que hoy dan vida a una democracia vital, moderna y progresista. Algo parecido podría afirmarse de varios otros países, desarrollados y subdesarrollados.

Después del oscurantismo estalinista, sobre todo tras la ruptura chino-soviética, el movimiento comunista mundial perdió su monolitismo granítico. De una iglesia universal se transformó en una gran variedad de sectas, a veces locales.

Así han surgido experimentos que, sobre todo huyendo de los horrores del colectivismo forzado, del centralismo absolutista, han intentado conciliar un Estado de confesión marxista-leninista, o al menos socialista, con un cierto grado de pluralismo interno y de no alineamiento internacional. En África y en Asia hay ejemplos al respecto.

Lo interesante de ellos es que a veces han logrado un amplio grado de aceptación, al interior, lo cual les permite no recurrir a la represalia política; junto a una amplia respetabilidad externa que les consiente, entre otras cosas, no estar en guerra contra nadie y recibir ayuda de todos.



Un caso digno de particular interés ha sido Zimbabwe, nacido en la ex colonia británica de Rhodesia del Norte. El líder de la lucha independentista, Robert Mugabe, ha profesado un marxismo decidido que, junto con la dureza de la lucha, primero anticolonialista y luego antirracista contra el régimen ilegal de Ian Smith, hacían temer que montase una terrible dictadura a su llegada al poder.

Sin embargo, con mucha inteligencia Mugabe desde que tomó el gobierno inició una política de reconciliación con sus antiguos enemigos: la ex potencia colonial y la minoría blanca.

En vez de hundirse en un estéril "antiimperialismo", Mugabe se acercó a los países occidentales con dignidad, pero con realismo.

Pocos meses después de tomar el poder, visitó los Estados Unidos, de los cuales dijo que eran "amigos y aliados que pueden ayu-

dar (a Zimbabwe) a consolidar su independencia así como le ayudaron a obtenerla".

Agradeció a Carter el sostén que había dado a la lucha contra Ian Smith, el cual como se recordará había proclamado la separación de Rhodesia de la Gran Bretaña, pretendiendo truncar el proceso que ésta había iniciado de gradual independencia y de traspaso del poder a la mayoría negra.

Carter se mantuvo firme en aplicar sanciones a Smith, lo cual jugó un importante papel en su dimisión y en la celebración de elecciones que al final le dieron el poder a Mugabe. "Era evidente -le dijo éste al presidente norteamericano- que teníamos un amigo en vuestro gobierno".⁽⁴⁾

Esa política moderada y realista le dio a Mugabe frutos inmediatos. Dudosos al inicio sobre si apoyarlo económicamente o no, los países occidentales convocaron en 1981

nada menos que una “Conferencia para el desarrollo y reconstrucción de Zimbabwe” de la cual salieron préstamos por dos mil millones de dólares para el nuevo país.⁽⁵⁾

Ahora bien lo malo de esos regímenes socialistas marxistas o marxistas-leninistas pluralistas o semipluralistas, es que a veces introducen una mezcla informe de economía de mercado y planificación centralizada, la cual da efectos negativos que, sin embargo, quizás se deben más a la incapacidad, la corrupción y a la improvisación de los gobernantes que a la hibridación del experimento.

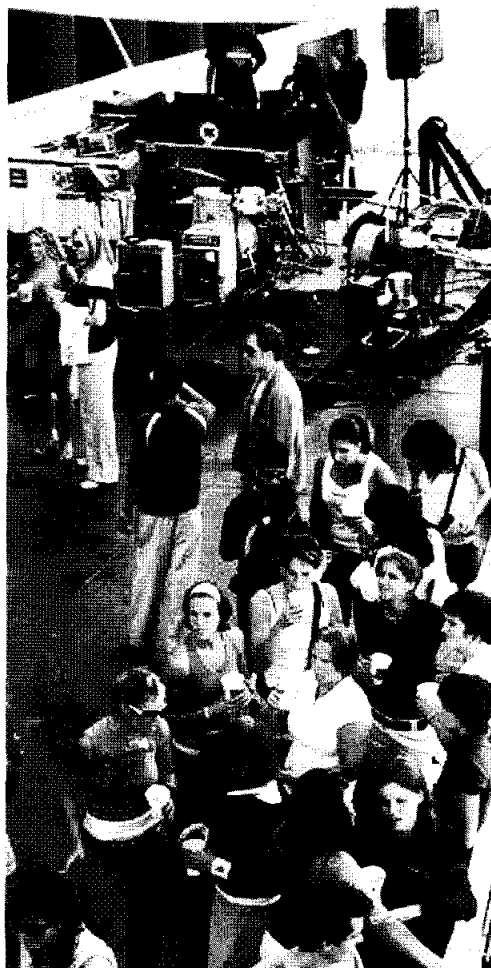
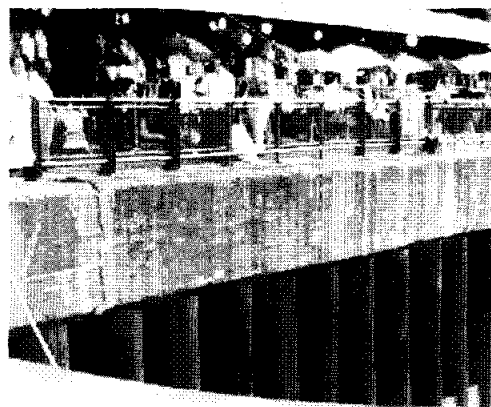
Otro defecto es que a menudo surgen en los partidos gobernantes las tendencias mesiánicas del marxismo (del paleo-marxismo como, mejor, dirían algunos); o del elitismo leninista, que lleva a los grupos gobernantes a pretender eternizarse en el poder y fácilmente los conduce a la represión antidemocrática.

Así ha sucedido, precisamente, con Mugabe, quien ha demostrado tendencias pretorianas en los últimos años y al cual, ya desde los primeros tiempos, se le acusaba de crear una “elite negra”, “una nueva minoría”.⁽⁶⁾

Pero con todo y todo, es posible que el marxismo-leninismo pueda convivir y aun cooperar con la democracia al interior de un país, con tal de que sus seguidores no hagan artículo de fe del elitismo revolucionario, que no se crean predestinados a gobernar con exclusión de los demás.

Que tengan la honradez intelectual de reconocer que su ideología es una opinión, no una verdad revelada infalible.

Es posible además que un gobierno marxista-leninista pueda coexistir pacíficamente con otros de naturaleza democrática.





tica, siempre que no desee imponerles su sistema y que no se involucre en los grandes conflictos con base en un absurdo "internacionalismo" o un infantil "antiimperialismo".

Desde un punto de vista estrictamente doctrinario, marxismo-leninismo y democracia son términos antitéticos como impecablemente demuestra Craxi.

Pero una práctica sana, humana y, en cada caso específico, patriótica y realista, los puede llevar a convivir y hasta cooperar en la búsqueda del bien común.

4. ANTICOMUNISMO Y ANTIIMPERIALISMO

Dos motes han sido los mayores responsables del sufrimiento de la humanidad en nuestro siglo: el anticomunismo y el antiimperialismo.

El anticomunismo es de más aberrante abolengo. Se origina en el siglo pasado. Primero fue una lucha contra un "fantasma", según la archifamosa frase del Manifiesto Comunista.

Era el pretexto para una cacería de brujas, desatada contra no bien delineados movimientos revolucionarios, a los cuales la burguesía atemorizada y los regímenes reaccionarios europeos, denominaban genéricamente "comunistas".

Después del Manifiesto y, sobre todo, tras la fundación de la Internacional, el fantasma toma cuerpo. Pero es un cuerpo débil, si se quiere con períodos vigorosos, al cual, siempre la temerosa burguesía y los despóticos gobiernos reaccionarios, achacaban todo desorden, cualquier amenaza a sus intereses.

El anticomunismo fue el pretexto favorito para justificar las represiones, a menudo tremendas, antipopulares o antiobreras.

La Revolución Rusa volvió el anticomunismo más militante, más extendido, más temeroso y, por tanto, más agresivo y criminal, debido a que, siempre con mayor frecuencia, el comunismo no era ya solo un fantasma mayor o menormente impreciso, sino una subversiva realidad.

El Comintern, con el apoyo de la Unión Soviética, se convirtió en la pesadilla (y en la bendición cuando lo usaban como excusa para aniquilar a sus enemigos) de los regímenes antipopulares de derecha.

En América Latina, el anticomunismo echó raíces profundas. Llegó a ser la bandera que enarbolaban todas las dictaduras para afianzarse en el poder.

En una época fue famoso el libro de Juan José Arévalo "Antikomunismo en América Latina" (Editorial América Nueva, México, 1959), en el cual desarrolla una idea que ya había esbozado en otro libro, igualmente famoso en su momento, donde proponía una distinción entre "Comunismo" y "Komunismo".

Comunismo decía "es la corriente internacional representada por el Partido Comunista, cuya sede está en Moscú.

Komunismo con K, es toda corriente política y social demócrata que pretenda defender los intereses de las masas trabajadoras, de los humildes, de los explotados en todo el mundo; o bien que hablen de soberanía y nacionalismo, o bien que se atrevan a censurar a los Estados Unidos".¹⁷

Arévalo fustigaba lúcidamente a todos los que, con el pretexto del anticomunismo, sometían a nuestros pueblos a infames dictaduras, en especial a los que llamaba



“gobernantes gendarmes”, simples policías, custodios de intereses ajenos, que eran, según él, aprendices de gobernantes, pero gendarmes de profesión.

Refiriéndose a los antecedentes históricos que hemos recordado del anticomunismo, decía: “Desde que la palabra ‘komunismo’ se echó a volar como sinónimo de agitación, perturbación, reformismo, democracia y progreso, insuflada por el rencor de los monárquicos de Francia, por los zaristas de Rusia, por los prusianos del Káiser y por los millonarios de Nueva York, los gobernantes gendarmes capturaron astutamente la fecundidad de la nueva palabra para usos caseros.

El ‘antikomunismo’, señalaba Arévalo, encontró fundamento filosófico en Europa, pero... como ocupación de policías, como pretexto de acción callejera y para una política penitenciaria, tuvo prioridad en Latino América.”⁽⁸⁾

Todavía hoy, el anticomunismo, o “antikomunismo” como quería Arévalo, es el motto de gobernantes como Pinochet y Stroessner. Este último justifica su mano dura en que “si en Rusia se practica el comunismo sin libertad”, es justo que él aplique “una libertad sin comunismo”.

Con el triunfo de la Revolución cubana y el empeño por trasladarse al continente que ésta puso en los primeros tiempos, el anticomunismo renueva sus bríos. Pero se inicia igualmente en América Latina, el área del antiimperialismo.

Ya éste había causado estragos en Europa durante las tenebrosas purgas estalinistas, las cuales causaron decenas de miles, centenares de miles de víctimas, sin contar los procesos de rehabilitación (en el primero muy reciente-

mente) que han puesto al descubierto millones de muertos de la Unión Soviética.

Particularmente feroces fueron las represiones en Hungría y Checoslovaquia, donde por cierto se han dado los más clamorosos casos, poniendo al descubierto la falsedad de las acusaciones con las cuales se inmoló a las víctimas. Los pretextos favoritos eran los de ser “contrarrevolucionario” y “agente del imperialismo”.

En estos días ha salido a luz un caso sonado en la Unión Soviética. En los tiempos de Stalin, Nicolai Bukharin había cuestionado la política de colectivización e industrialización rápidas y forzadas que tenían lugar en los años de formación del Estado Soviético.

Sostenía que los trabajadores que cargaban con la tarea de crear una industrialización pesada, debían disponer de bienes de consumo y otros incentivos. Abogaba por una economía mixta como la que había establecido Lenin con su Nueva Política Económica (“un paso atrás, para dar dos adelante”, según su famosa definición).

Todo lo cual era herejía en tiempos de Stalin. Bukharin fue ejecutado tras un proceso-farsa junto con Alexei Rykov (ex primer ministro de Stalin) y otros 18 “complotadores”. Las acusaciones eran de “conspiración en contra del Estado soviético por cuenta de servicios de inteligencia extranjeros” (naturalmente “imperialistas”).

Ahora ha sido rehabilitado por una comisión especial nombrada por el actual primer ministro, Gorbachov, para investigar injusticias del pasado, la cual revisará otros procesos y examinará diversos casos de represión en los años 30, 40 y principios de los 50.⁽⁹⁾

El advenimiento de regímenes marxistas-leninistas, o que seregonan tales, en

Asia y África, los llevó a insignes masacres en ambos continentes. Recuérdese Camboya con sus tres millones de asesinados. O Guinea Ecuatorial, ex española, donde Ma-cías ultimó a casi un tercio de la población con el beneplácito de sus consejeros soviéticos y cubanos.

O el genocidio permanente que comete el gobierno de Etiopía. La CIA se ha convertido en la pesadilla (y en la bendición, cuando lo usan como excusa para aniquilar a sus enemigos) de los regímenes antipopulares de la izquierda.

Asesinar, encarcelar, exiliar, o perseguir en nombre del anticomunismo, pues, data de más tiempo. Hacer lo propio invocando el imperialismo es más reciente. Pero se ha hecho con tanta frecuencia y profundidad, que las víctimas del antiimperialismo son ya más que las del anticomunismo.

Hemos recordado los asesinatos masivos de Stalin. Todos los muertos con el pretexto del anticomunismo en el presente y en el pasado siglo no llegan a superar los ocasionados por él, sólo en la URSS.

Tradicionalmente se ha dicho que contando únicamente los campesinos acomodados, los "kulaks" víctimas de la colectivización forzada, fueron 10 millones los muertos por obra suya.

En una época los crímenes de Stalin eran solo objeto de especulación. En 1956 Kruschev los denunció en su famosísimo discurso ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, PCUS.

Recientemente en su alocución en ocasión del 70o. Aniversario de la Revolución Soviética, Gorbachov calificó los abusos de

ESTINA LIBR





poder de Stalin como “enormes e imperdonables” y recordó que “muchos miles de miembros del partido y no miembros de él fueron objeto de la represión masiva”.⁽¹¹⁾

Poco antes, el historiador Yuri Plyaskov, ya había dado, por primera vez, cifras al respecto. El número de las víctimas, dijo, no llega a los 19 millones que a veces señalan las “fantasías” occidentales, pero “pasa en todo caso de un millón”.⁽¹²⁾

Es posible que las cifras cambien según lo que se entienda por “represión”. Pero el número de muertos está en algún lugar entre un millón y diecinueve millones. Quizás alrededor de los 10 millones que siempre se ha hablado.

Ninguna masacre “anticomunista” ha llegado a esas proporciones. Quizás la más grande que se recuerde es la de Indonesia de 1965. El héroe de la independencia, Sukarno, que era jefe del Estado desde 1945, empezó a presentar síntomas de querer llevar al país a la órbita comunista.

Hubo una intentona de golpe de Estado en esa dirección y se desató, en represalia, una matanza que en esa época se calculó en un millón de personas, estimado que, más tarde, se redujo a cien mil.

El año siguiente, el general Suharto, ministro de Defensa y como tal director de la masacre anticomunista, dio un golpe de estado a Sukarno y se apoderó del poder, que todavía tienen en sus manos.

La única represión comparable a la de Stalin es la de Hitler contra los judíos. Y si bien Hitler era un notable “anticomunista” que recurría al anticomunismo para justificar muchos de sus crímenes, su mayor represión no fue contra los “komunistas”, sino



contra los hebreos, usando argumentos que muchos “antiimperialista y antisionistas” podrían hacer suyos.

Hemos recordado el caso de Camboya, único lugar en el mundo, si se exceptúa China continental, donde la represión ha llegado a cifras parecidas a las de Stalin.

Un movimiento “revolucionario y antiimperialista” tomó el poder el 17 de abril de 1975 “saludado por la prensa y los intelectuales occidentales (para no hablar de los orientales)... como los libertadores del país del “colonialismo” de los Estados Unidos”.¹³

Su líder era un misterioso personaje conocido como Pol Pot. Nacido en 1928 de una familia campesina, muy joven entró a un monasterio budista; pero en 1940 lo abandonó para iniciar estudios técnicos.

En 1949 obtuvo una beca para estudiar en Francia, donde por lo demás se formaron sus principales compañeros de la “élite revolucionaria”: Khien Zamphan, Hou Yuon, Hu Nim leng Sary.

Aquí se hace comunista y en 1960 toma parte en la fundación del Partido Comunista de su país, donde había regresado en 1952. Lleva adelante su lucha armada con ayuda de Viet Nam del Norte, China y la Unión Soviética.

Cuando toma el poder en 1975, con una mezcla de “marxismo a lo chino, de rigor monástico, ferocidad estalinista y sadismo oriental”,¹³ pone en práctica un proceso de “purificación” en el cual los habitantes de la ciudad son enviados a trabajar en el campo sin ropa, sin alimentos, sin ninguna preparación, con el propósito de volver a un comunismo originario.



Se eliminan sistemáticamente todos los intelectuales, todos los que tenían un título de estudio, todos los que habían conocido “el capitalismo, el dinero, el consumismo, la cultura”.¹⁴

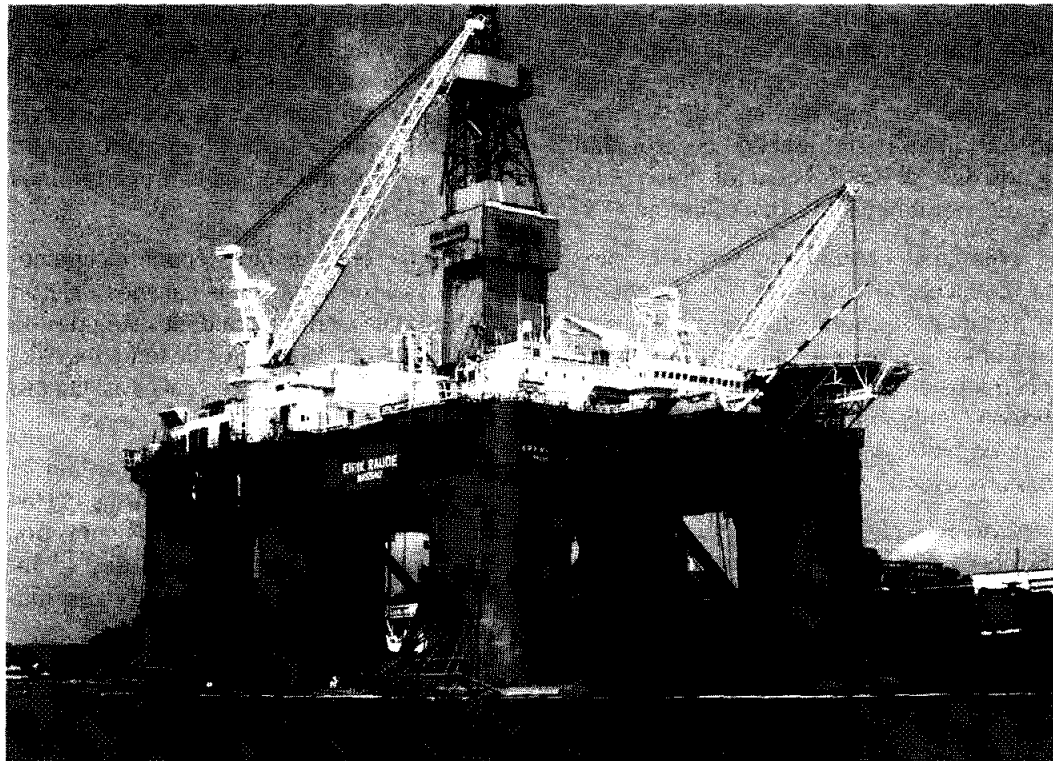
Se instala un reinado del terror sin precedentes en la historia; una locura destructiva y asesina que acaba con bibliotecas, templos, todo lo que pudiese recordar el pasado, junto con unos tres millones de personas, sin que se sepa la cantidad exacta.

Previendo con clarividencia, lo que podía ocurrir y “a fin de evitar un baño de sangre en Phnom Penh”, el presidente Gerald Ford de los Estados Unidos había pedido una intervención de las Naciones Unidas, por lo que fue vituperado por todos los “antiimperialistas” del mundo.

René Andrieu, jefe de redacción de “L’Humanité”, periódico del Partido Comunista Francés, atacó virulentamente la propuesta a la cual se refirió como la “ridiculez y odiosidad de esa hipócrita inquietud imperialista”.¹⁵

Ciertamente no era la primera vez que los Estados Unidos se ganaban el título de “imperialistas” en el sudeste asiático donde, como dice Revel, no habían intervenido para ayudar a un país a ocupar a otro, como en cambio hacían los soviéticos, sino para preservar el status quo sancionado por tratados internacionales.

Como si contemplase el reverso de la medalla del anticomunismo, tallada con tan enérgicos trazos por Arévalo, Revel afirma: “Una vez, eras imperialista cuando invadías a un territorio diverso del tuyo e imponías a



pueblos independientes una autoridad que ellos rehusaban. Hoy eres imperialista cuando osas oponerte a esos actos si estás en una democracia y el invasor es comunista”.

Así, pues, como habría que diferenciar entre comunismo y “comunismo”, sería necesario acuñar otra distinción entre imperialismo e “imperialismo” (quizás “imperialismo” para acercarnos a la fonética de Arévalo) y dar una definición de éste.

“Según tal definición –diríamos con Revel– el imperialismo consiste por tanto en defender contra ejércitos enemigos, desde el momento que son comunistas, a una población que del comunismo no quiere saber nada”.⁽¹⁶⁾

La trágica paradoja del “imperialismo” llegó a su culminación en Cambodia en 1979

(justamente el año en que la Unión Soviética invade Afganistán con tropas y armas modernísimas, para combatir la “interferencia extranjera” de unos andrajosos guerrilleros nacionalistas), cuando Viet Nam ocupó el país, por mandato expreso de la Unión Soviética.

Desde entonces, los otrora “revolucionarios y antiimperialistas” khmer rojos cambodianos que se oponen a las tropas invasoras, se han vuelto “contrarrevolucionarios aliados del imperialismo”.⁽¹⁷⁾

Desde entonces los invasores “antiimperialistas” (¿podríamos llamarlos antiimperialistas?) que han transformado en “imperialistas”, a los que antes se autodenominaban furiosamente “antiimperialistas”, cometen las más salvajes atrocidades contra la población.

Los cambodianos refugiados en Tailandia (cuyo número y sufrimientos se comparan sólo con los que huyen de los regímenes “antiimperialistas” de Afganistán y Etiopía), narran hechos de crueldad dignos del Pol Pot del cual los “revolucionarios” vietnamitas los iban a liberar.

Numerosos cambodianos, por la mínima sospacha de colaborar con “el enemigo” (es decir sus compatriotas que combaten contra los ocupantes) son arrestados, encerrados en “las polpotianas prisiones de Phonom Penh, sus pies soldados al piso con barra de hierro, lo que les impide sentarse o acostarse y los lleva a una lenta muerte”.

“Muchos cuentan de torturas sufridas por obra de soldados vietnamitas, como la de ser quemados con cigarrillos encendidos en las partes más delicadas del cuerpo”.

O narran de “jefes de aldea (nombrados por el gobierno títere de Hem samrin) que también a la menor sospecha de colaborar con la guerrilla, vienen capturados y sometidos a torturas como morir a latigazos o por inmersión en agua hirviendo”.⁽¹⁸⁾

En cuanto al otro caso que hemos mencionado, Etiopía, hay ahí una paradoja de imperialismo y antiimperialismo que sería risible si no fuese tan profundamente triste.

El actual momento histórico de este desafortunado país, tiene su antecedente más cercano en la invasión que sufre por parte de la Italia fascista.

Esta fue un acto de imperialismo puro, en el sentido más clásico de la palabra, según la cita que hemos hecho de Revel; es decir, una invasión que hace un Estado del territorio de otro para imponerle al pueblo de ése una autoridad que el mismo rehúsa.

La aventura colonialista italiana en Etiopía, tuvo al mismo tiempo rasgos brutales y simpáticos. La invasión costó a los etíopes unos 250,000 muertos. En una sola represión, en represalia por el atentado contra el “virrey” italiano Badoglio, murieron unos 30,000 abisinios.

Pero, en cambio, económicamente Etiopía salió ganando: los italianos dejaron 25 hospitales, enteras ciudades surgidas de la nada, 55,000 kilómetros de tendidos eléctricos, 4,139 kilómetros de calles asfaltadas, 18,000 kilómetros de otras carreteras.

Cuando los ingleses pusieron fin al breve imperio italiano, tres cuartas partes del presupuesto abisinio eran pagadas por el gobierno de Roma. Los ingleses se llevaron todo lo que pudieron: fábricas, maquinaria, etc.

Pero no les fue posible remover la infraestructura, ni cargar con los miles de técnicos, artesanos y obreros especializados italianos que habían llegado como colonizadores; a los cuales el emperador Haile Selassié, dando pruebas de gran inteligencia, perdonó e hizo permanecer en el país.

Estos fueron después “el combustible que hizo pasar a Etiopía del medioevo a la modernidad”, según dice un profesor de la Universidad de Addis Abeba. La guerra colonial y la ocupación, afirma este intelectual del presente régimen marxista-leninista, “nos catapultaron al siglo XX”.⁽¹⁹⁾

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra invadió tanto Etiopía como la colonia italiana de Eritrea. Esta última había sido ocupada por Italia ya desde 1890 y sus habitantes, por efectos de “una común opresión y una común vida económica y política” habían desarrollado “Un sentido de identidad nacional”.⁽²⁰⁾

La ocupación inglesa introdujo un odioso colonialismo y surgieron en Eritrea violentos movimientos independentistas. La situación se le volvió difícil a la Gran Bretaña, la cual llevó el asunto a las Naciones Unidas en 1948.

En el seno de la Organización, se formaron varias tendencias: independencia total, apoyada por la Unión Soviética y sus aliados socialistas; anexión a Etiopía sostenida por el gobierno ultrarreaccionario de Haile Selassié; división del país entre Etiopía y el entonces Sudán anglo-Egipcio, propuesta por Gran Bretaña según sus intereses coloniales; fideicomiso bajo las Naciones Unidas y, finalmente, federación con Etiopía sostenida por los Estados Unidos.

Está última tendencia fue la que resultó victoriosa, gracias a las fuertes presiones norteamericanas. El secretario de Estado John Foster Dulles justificó la posición de su país en los siguientes términos:

“Desde el punto de vista de la justicia, las opiniones del pueblo eritreo deben ser tenidas en consideración.

Sin embargo los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la cuenca del Mar Rojo, así como el tomar en consideración la seguridad y la paz mundial, hacen necesario que este país deba estar vinculado con nuestro aliado Etiopía”.

En su lenguaje técnico y dulce, la Comisión Internacional de Juristas afirma: “Las palabras citadas parecen implicar un reconocimiento de que la solución escogida no estaba de acuerdo con los deseos del pueblo eritreo”.

Cualquier enemigo, cualquier rival, inclusive cualquier crítico de los Estados Unidos, habría visto en semejante conduc-





ta un acto imperialista, sobre todo si se piensa que John Foster Dulles ha sido uno de los más connotados exponentes de aquella “diplomacia del dólar”, que tanta animadversión le acarrió a Estados Unidos, sobre todo por acciones como el derrocamiento de Árbenz en Guatemala.

Y la indignación de los críticos habría subido de tono (es de suponer que los soviéticos y los “antiimperialistas” de todo el mundo lanzaron feroces invectivas) si tenían en cuenta que, según la administración británica, el 75% de los eritreos estaban a favor de la independencia.

O si hubiesen puesto atención en que poco tiempo después de adoptada la solución federativa, los Estados Unidos suscribieron con Etiopía un tratado por 25 años, mediante el cual se aseguraron el uso de sus bases militares en aquel país, incluyendo una en Asmara, y el disfrute de facilidades portuarias en toda la costa eritrea.

No conforme con la solución adoptada por las Naciones Unidas, el régimen feudal, represivo, corrupto a escala suprema de Haile Selassié poco a poco fue haciendo nugatoria la autonomía de Eritrea, hasta que la canceló totalmente en 1962 cuando la incorporó como una provincia del Imperio.

El año anterior, en 1961, los líderes independentistas, ante la indiferencia con que el mundo recibía sus quejas, sobre todo dada la inercia de las Naciones Unidas frente al continuo deterioro del status quo que ella había creado, iniciaron una rebelión armada contra Addis Abeba. Con la anexión de 1962, la lucha se incrementó.

En 1974 un golpe militar destrona al emperador, cuya inmensa fortuna queda al descubierto en contraste con un país paupérrimo. Tras sangrientas luchas internas, queda como jefe del movimiento militar el coronel Mengistu Haile Mariam.

Los rebeldes eritreos continúan su lucha y gracias al fuerte apoyo soviético llegan a dominar entre el 75% y el 90% del territorio eritreo. La Somalia, gobernada por una feroz dictadura militar aliada de Moscú, invade el Ogaden, territorio en poder de Etiopía.

Mengistu lleva a cabo una magistral maniobra política mediante un viraje de 180 grados. Ofrece el país a los soviéticos que, expulsados de Egipto por Sadat, buscan desesperadamente una base en el cuerno de África y logra que le den la espalda a sus protegidos eritreos y al dictador sómalo.

Mediante un puente aéreo sin precedentes, los soviéticos, asistido por los cubanos, montan una contraofensiva fulminante que fácilmente retrocede a los sómalos

hasta sus fronteras. Y se vuelven entonces contra los eritreos.

Trescientos mil soldados etíopes, 10 mil cubanos, 2000 entre coreanos del norte, checoslovacos y alemanes orientales, más 4,000 soviéticos que operan decenas de helicópteros y centenares de migs, en casi un año reconquistan lo principal de Eritrea, en una operación que costó alrededor de dos mil quinientos millones de dólares, financiados por la Unión Soviética.

Mientras tanto, en el país el espectro de la muerte por hambre se proyectaba sobre seis millones de personas; así como se lee: seis millones de personas; para intentar salvar las cuales los países accidentales, a la cabeza Estados Unidos, Canadá y Australia,



llevan adelante un plan de ayuda sin paralelo en la historia de la humanidad.

La Unión Soviética contribuye con “sólo 20,000 miserables toneladas de trigo” mientras continúan su caudalosisimo aporte de armas a Mengistu que ya en 1979, en agradecimiento, anuncia la formación de un partido único marxista-leninista.

Al interior de Etiopía se instala una sofocante represión. Contra Eritrea y Tigray, otra “provincia” que lucha por la independencia, se instaura un genocidio permanente.⁽²¹⁾ Como la artillería, la aviación, el napalm y la política de “tierra arrasada” no logran someter a los guerrilleros, se procede a obligar a emigrar a un millón de personas hacia el sur.

El pretexto es salvarlos de la sequía. El verdadero propósito es “quitar el agua al pez”. En un solo año mueren 300,000 personas por efecto de la migración forzada: más de lo que había costado la invasión imperialista italiana.

Para someter a las “provincias” rebeldes, Mengistu recurre a todo. Y viene en su ayuda el general Hambre. Comentaba “Il Tempo” (20 de enero de 1985): “El coronel –que no logra doblegar, no obstante el aporte de soviéticos, cubanos, búlgaros y alemanes orientales a la resistencia eritrea–, se ha aliado con el general Hambre.

Espera que el general Hambre diezme las filas de sus enemigos. Es un juego asqueroso que impide, entre otras cosas, que se vaya en ayuda de las centenares de aldeas del interior y que obliga a enteras poblaciones a recorrer centenares de kilómetros para alcanzar los campamentos de salvación.

Una vía de la muerte: llegan menos de la mitad de los que parten. Los otros mueren por el camino...

El régimen de Addis Abeba después de encomendar al Occidente (aunque en la televisión pareciera que lo hacen todo los países socialistas aunque, para citar una sola cosa, Rusia ha donado sólo 20,000 miserables toneladas de trigo) la sobrevivencia de millones de personas, pretende que se distinga entre muertos de hambre buenos y muertos de hambre malos.

Y hasta hoy lo ha logrado. Nosotros (los socorristas italianos, según el periódico) junto a la Cruz Roja o la Cáritas podemos ayudar sólo a los hambrientos “buenos”. Buenos para Mengistu.

Todo intento de ampliar nuestro radio de acción fracasa... Y abrir otros centros de asistencia a los prófugos en regiones sobre las cuales haya así sean sospechas de ser favorables al frente (Frente para la Liberación Eritrea), ni hablar”.

En efecto, los países occidentales se quejaron abundantemente de la forma discriminatoria en que se distribuía la ayuda, de la utilización que de ella se hacía para alimentar al ejército y, lo que es infinitamente peor, para pagar a los soviéticos por el armamento recibido.

Durante la segunda crisis etíope, de estos días, los países occidentales han tenido grandes dudas sobre si mandar ayuda o no. Enviarla significa fortalecer el régimen represivo y genocida de Mengistu. No enviarla implica condenar a muerte a centenares de miles de víctimas.

De hecho, la ayuda soviética que no sea en armas es ínfima: apenas 300 millones de dólares para toda África, es decir el 3% de lo que recibe el continente. Aunque una parte sustancial va a Etiopía, no le per-



mite enfrentar el hambre, no digamos los problemas económicos del país.

Pero las armas soviéticas, los 10,000-20,000 legionarios cubanos, los miles de asesores militares de diversos países socialistas, es lo que mantiene en el poder a Mengistu.

Por eso en los aparatosos desfiles del régimen, en la propaganda nacional e internacional, no se termina nunca de elogiar a la hermandad de los países socialistas y de criticar los "crímenes del imperialismo".

Mengistu realiza su trabajo a la perfección. Por eso cuando llegó a la Unión Soviética en noviembre de 1985, Gorbachov le expresó que los soviéticos han apreciado la "vigorosa política antiimperialista de Etiopía en la escena internacional" (quizás debió insistir en el vigoroso antiimperialismo que Mengistu lleva adelante en Eritrea y Tigray), así como "los esfuerzos de Etiopía socialista orientados hacia la distensión en esta área de tensiones".

Por su parte, Mengistu, celebró "el rol decisivo de la URSS contra las intrigas agresivas del imperialismo".⁽²²⁾

Etiopía, pues, para los "antiimperialistas" puede sentirse feliz. Un régimen "antiimperialista" está sólidamente sentado en el poder, gracias a la mayor potencia "antiimperialista" del mundo.⁽²³⁾

Esta potencia fue igualmente el sostén de otro dictador, menos conocido, mucho menos conocido que Mengistu; instalado en el poder en Guinea Ecuatorial, por los cubanos, cuando los españoles se retiraron de ésta que había sido su colonia, en 1969.

Durante 10 años, habiéndose proclamado marxista-leninista, gozó de la protección soviética y cometió los crímenes más horrendos que se atribuyan a un gobernante de nuestros días.

Se la acusa de haber asesinado alrededor de un tercio de los 350,000 habitantes de su país, muchos matándolos él mismo, y



de haber exiliado a 100,000. Se dice que acostumbraba ejecutar a sus funcionarios de quienes se sentía traicionado, apuñalándolos y arrancándoles el corazón ¡frente a su consejo de ministros!

Se cuenta que a los opositores al régimen los castigaba haciéndolos cortar las hierbas de la calle al aeropuerto ¡con los dientes! Se narra que poco antes de ser derrocado, tenía la costumbre de tomarse todos los días un vaso de... sangre humana.

Se autoproclamaba dios. Se había puesto un sueldo de trescientos mil dólares al año. Dejó la que era floreciente colonia, convertida en un país en ruina total. Los últimos en abandonarlo, cuando fue derrocado, fueron 300-400 "consejeros" cubanos.⁽²⁴⁾

Semejantes reinados del terror como los que hemos mencionado, han sido establecidos por Estados.

Pero éstos no son los únicos, ni siquiera los peores violadores de los derechos humanos según decía una vez el presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra, "Lo más grave es el poder envilecedor del terrorismo".⁽²⁵⁾

Y el terrorismo se divide entre terrorismo "negro", de extrema derecha, y terrorismo "rojo" de izquierda. Este último se nutre de anarquistas, trotskistas y otros movimientos ultraradicales, así como de marxistas-leninistas más o menos ortodoxos.

Las Brigadas Rojas italianas, al igual que sus homólogas alemanas las bandas Baader-Meinhof o la Fracción del Ejército Rojo, usan una terminología marxista-leninista delirante. Quien haya leído sus comunicados, sobre todo teniendo en cuenta el medio social

donde fueron producidos, no puede sino creerlos fruto de un desequilibrio mental.

Con una recurrencia alucinante, se vuelve una y otra vez sobre términos como "proletaria", "burgués", "revolución", "liberación" y otros del léxico marxista. Pero sobre todo campean los de "imperialismo" y, en especial, "antiimperialismo".

Este último, el "antiimperialismo", pareciera ser el motor y el combustible principal de esos movimientos, desencajados totalmente de la razón y la realidad.

Por supuesto, de las acciones de esos grupúsculos paranoicos la Unión Soviética se separa con casta solicitud. Refiriéndose a los atentados de las Brigadas Rojas, Yuri Yukov, miembro del Sóviet Supremo, señalaba en una visita a Roma en 1980: "No veo nada de progresista en acciones de ese género.

Ellas esconden las fuerzas reaccionarias que tratan de destruir la ley y el orden. Nosotros los soviéticos sostenemos que la lucha política debe confiarse a las ideas, no a la violencia armada.

Es extraño que todas las operaciones de violencia armada se hayan verificado en Occidente. Al este, por fortuna, el fenómeno del terrorismo no existe, porque nuestra situación política es incomparablemente más sana".¹²⁶⁾

Por supuesto, dice Sterling, los soviéticos no han apoyado jamás ese tipo de terrorismo que sale del control del partido. Lenin había advertido: "Debéis temer como la peste el desordenando espíritu guerrillero, las acciones arbitrarias realizadas por destacamentos aislados y la desobediencia a la autoridad central, porque de ellos no puede venir sino la ruina".¹²⁷⁾



Pero el mismo Lenin no renunció al uso del terrorismo bajo un adecuado control para la victoria de la revolución.¹²⁸ Y, al igual que Lenin, no han renunciado sus sucesores en el intento de desencadenar una revolución mundial bajo los auspicios soviéticos.

Estos conceptos de Sterling, escritos al final de su libro que venimos citando, son la coronación de toda la obra, en la cual demuestra con la más sólida documentación de que pueda disponerse, la complicidad de la Unión Soviética, junto con sus aliados, en primer lugar Cuba, en el terrorismo que con muy diversas denominaciones ha venido golpeando a los más distintos países fuera de la órbita soviética.

No hay duda, pues, el terrorismo organizado, controlado, forma parte esencial de la estrategia "antiimperialista". Todo acto de terrorismo que favorece el proyecto de dominación mundial de la Unión Soviética, para tal estrategia es legítimo. Y oponerse al mismo es execrable pro imperialismo.

Queda claro, una vez más, que hay dos clases de antiimperialismo. Uno, el real, consiste en oponerse a la denominación que un Estado quiere ejercer sobre el pueblo de otro país para imponerle un régimen que éste no desea.

Otro, el ejemplo de cualquier medio para ejecutar los designios de dominación de la Unión Soviética.

5. ESTADOS UNIDOS VS UNIÓN SOVIÉTICA

Es el conflicto más real y más peligroso.

No se trata de un combate entre libertad y tiranía como algunos querían sostener.

Los Estados Unidos son internamente un país democrático. Algunos podrían poner en duda esta afirmación,¹²⁹ sosteniendo por ejemplo que por el sistema de partidos en vigor, el debate político no tiene ni la amplitud ni la profundidad que logra, por ejemplo, en Francia o Italia.

O señalando que son tan gigantescas las cosas en ese país, que sólo quien dispone de enormes recursos puede tener acceso a los medios de comunicación.

Esas son afirmaciones extremadamente controvertibles. Queda el hecho de que los Estados Unidos nacieron en plena libertad.¹³⁰ De que han sido y siguen siendo la meta de todos los oprimidos del mundo; de los que sueñan con ir a encontrar ahí el bienestar, la libertad, que su patria les niega.

Hay a este respecto infinidad de ejemplos. Queríamos solo citar uno poco conocido, recogido en una novela italiana muy reciente, bella y trágicamente conmovedora a la vez: "L'Armata dei fiumi perduti" (El ejército de los ríos perdidos) de Carlo Sgorloni, que narra una aventura de un ejército de cosacos.

Este pueblo tradicionalmente nómada, incorporado forzosamente en la Unión Soviética, durante la Segunda Guerra Mundial movido por su odio a Stalin hizo causa común con los alemanes.

Estos prometieron a los cosacos una nueva patria, asentándolos en algunos territorios ocupados, entre ellos en el Friuli, región del Norte de Italia, donde se escenifica la historia.

Cuando terminó el conflicto, el dictador soviético pidió en Yalta a Churchill y Roosevelt que fuera devuelto a su país el pueblo

pueblo “desertor”. Churchill y Roosevelt accedieron y mediante sucias maniobras los cosacos fueron obligados a retornar.

Muchísimos se suicidaron en el camino, lanzándose por miles, hombres, mujeres y niños a los precipicios alpinos por donde transitaban. Los personajes de Sgorloni, cuando veían acercarse el fin de la guerra, aun a sabiendas de que habían combatido contra los Estados Unidos, soñaban sólo con refugiarse en ese país.

Uno de ellos, al sentirse solitario, derrotado, musita: “A América, a América... Es ahí donde los desesperados van a rehacerse una vida”.

Sin embargo, con todo y ser tierra de libertad y esperanza, queda también el hecho de que los Estados Unidos en demasiadas oportunidades han tenido por aliados a regímenes opresivos. Los ejemplos son abundantes y no es necesario, ni deseamos hacerlo, que los recordemos aquí.

Hay más que suficientes personas interesadas en atacar a los Estados Unidos como para que debamos hacerlo nosotros.

En el otro lado, la Unión Soviética es al interior un régimen autoritario, al menos en la forma en que nosotros entendemos la libertad.

Es posible que el ciudadano común de la Unión Soviética se sienta libre, sobre todo al interior del país, donde se conoce sólo la opinión oficial, donde la propaganda para convencerlo de que es feliz resulta tan intensa y no contrarrestada, que termina por convencerlo.

Sin olvidar que en todas las repúblicas de la URSS, el nivel de vida que hoy

se disfruta es incomparablemente superior al de hace sólo pocas décadas.

Sin descuidar que se trata ahí de pueblos que jamás han conocido la democracia de tipo occidental.

Ni que hay muchísimos elementos en la sicología europeo-oriental y asiática, que no conocemos y seguramente provocan reacciones distintas a las nuestras.

Además, con todo y que la Unión Soviética es, para nosotros, un país autocrático, y que por su propia naturaleza es aliada de los regímenes autoritarios con los que se identifica ideológicamente, no olvidamos que ha jugado un importante papel en la liberación de muchos pueblos del colonialismo.

Sin descuidar igualmente, que la URSS mantiene relaciones diplomáticas correctas e incluso modestos programas de cooperación, con países democráticos.

La lucha entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no puede verse maniqueístamente como una lucha entre el bien y el mal.

Es difícil hallar quién crea que los Estados Unidos son la encarnación del bien, pues incluso sus mejores amigos los critican en uno u otro momento, sobre todo en materia de política internacional.

Pero hay muchos que opinan que la Unión Soviética sí es el reino del mal; sin conceder nada, absolutamente nada de positivo a su régimen político, económico o social.

Nosotros discrepamos totalmente del régimen político, negación como es del pluralismo, sin olvidar como decíamos



hace un momento, que el ciudadano soviético pueda estar contento con el mismo. Tampoco estamos de acuerdo con el sistema económico que se muestra burocrático, pesado e ineficiente.

Pero no podemos dejar de reconocer que socialmente la URSS ha resuelto, o al menos encara con mejores resultados que muchos países democráticos, algunos de los principales problemas como la desocupación, el analfabetismo, la asistencia médica y otros.

No es extraño encontrar quienes creen que los Estados Unidos son el imperio del mal. Van desde un médico anónimo, quizás conocido en algunos círculos de su país en algún tiempo, como Daniel Ayres, hasta gobernantes como Komeini que, según es sabido, los llama "el Gran Satán".

Un caso muy especial es Cuba. Buena parte del esfuerzo nacional del país se dedica a combatir contra Estados Unidos. El imponente servicio diplomático cubano; uno de los más grandes y eficientes del mundo; con mucho el más fuerte y eficaz de Latinoamérica, tiene como función primordial atacar a Estados Unidos.

En todos los organismos internacionales, en toda reunión internacional donde participan, las delegaciones cubanas tienen instrucciones expresas de oponerse a todo, sistemáticamente a todo, lo que proponga Estados Unidos. Y no pierden ninguna, ni la más mínima oportunidad, de atacarlo.

Cuba tiene un sistema informativo que decir imponente es decir poco. Prensa Latina cuenta con más de una docena de oficinas en América Latina y corresponsales o enviados especiales en numerosas partes del mundo.

Transmite diariamente más de diez servicios cablegráficos distintos. Publica una selección semanal llamada Síntesis Latinoamericana, cuyas oficinas especiales están en Madrid y Praga.

Semanalmente publica además Panorama Económico Latinoamericano y Panorama Deportivo. Mensualmente Publica Integración Económica Socialista, la revista Prisma, y un documento monográfico editado por el Centro de Documentación e Información de la Agencia; bimestralmente publica un amplio estudio monográfico, sin perjuicio de libros y publicaciones ocasionales.

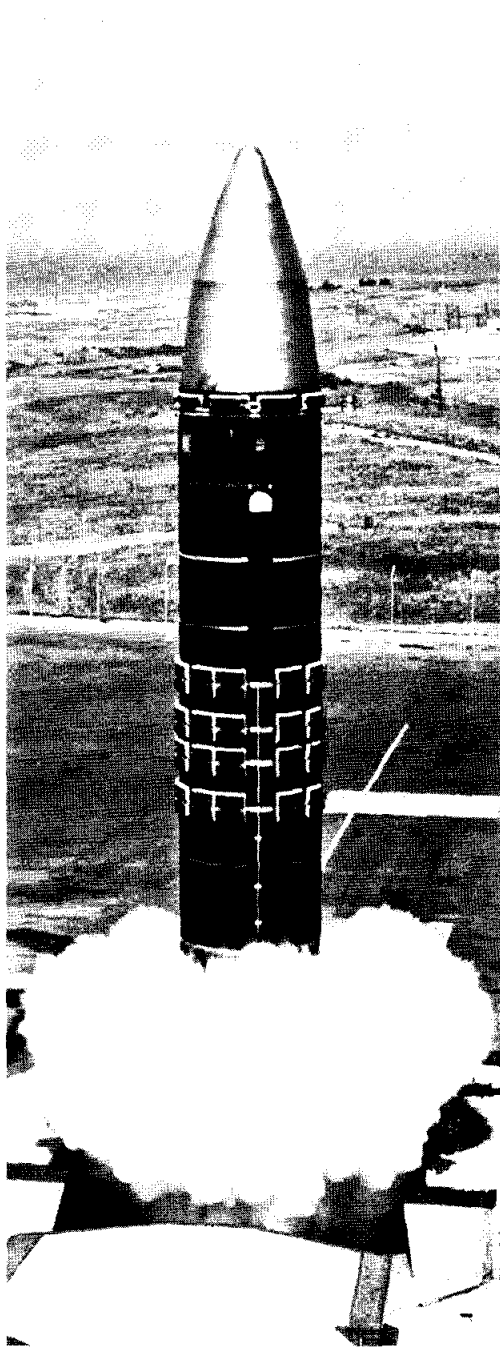
Todo se edita en varios idiomas y se distribuye en el mundo entero. Por poca experiencia que se tenga en materia editorial, es fácil imaginar los centenares de millones de dólares que eso cuesta.

Los comunicados de Prensa Latina y toda su literatura, son de un antiyanquismo aturdidor, alucinante. El metro para que ahí un gobierno sea considerado bueno o malo, no es que tenga buenas o malas políticas, que sea democrático o represivo, sino que esté a favor o en contra de la política soviético-cubana, o que sea enemigo de Estados Unidos.

En lo que a Centroamérica se refiere, por supuesto Nicaragua es el país donde todo es perfecto, al cual no se formula ni la más ínfima crítica; en cambio Costa Rica es un país guerrerista, militarista, donde los gobernantes no tienen ideas propias sino se limitan a cumplir órdenes de Estados Unidos.³¹¹

Otros gobiernos cambian según la ocasión. El golpe de Estado contra Nicolás Arditto Barletta fue saludado con satisfacción





porque parecía “darle continuidad y solidez al progreso de democratización panameño establecido por el general Omar Torrijos...”

A Éric Arturo del Valle se le veía como un gobernador que “refleja el conocimiento de la idiosincrasia panameña en su manejo político frente a los sectores obreros...”

Se veía con agrado que Del Valle fuese un empresario porque ello era “un voto de confianza en la dirección del estado panameño por parte del sector industrial”.

La complacencia con Del Valle obedecía a “la posición nacionalista de las Fuerzas de Defensa Nacional...”⁽³²⁾ En estos momentos, en cambio, Del Valle es un renegado. El héroe es Noriega, no importa si ha logrado sus inmensos poder y riqueza a base de corrupción, inclusive el tráfico de drogas.

Al fin y al cabo, la complicidad de Cuba en el narcotráfico ha sido denunciada numerosas veces y su campaña a todo nivel y a cualquier costo por minar la fuerza de Estados Unidos, son un elemento a favor de la credibilidad de esas acusaciones.

Por supuesto, el antiyanquismo cubano es fruto de aplicar rígidamente la teoría leninista, para la cual el imperialismo es una resultante necesaria del capitalismo y sólo del capitalismo.

Siendo los Estados Unidos el país capitalista por excelencia, son el país, imperialista por definición. Combatirlo es combatir el imperialismo. Destruirlo sería acabar con el sostén del imperialismo y abrir una etapa de independencia para todos los países.

Paralelamente, para Cuba, la Unión Soviética y los países socialistas parecieran lugares milagrosos donde no se cometen errores,

inclusive donde no suceden desgracias (es hasta la llegada de Gorbachov al poder, que las agencias noticiosas soviéticas informan de desastres ocurridos o crímenes ejecutados en la URSS), donde sólo hay funcionarios eficientes y honestos; en pocas palabras, la Unión Soviética es el “reino de Dios sin Dios”, “el paraíso en la tierra” que soñaba Lenin.

Este es el reverso de la medalla del extremismo leninista en lo relativo al imperialismo. Siendo la URSS el estado antiimperialista por naturaleza, hay que ser solidario con él, incluso callando sus errores y defectos; pues denunciarlos es hacerle el juego al imperialismo.

Todas esas posiciones maniqueístas que identifican a Estados Unidos o la Unión Soviética con el bien absoluto o con el mal absoluto, son falsas; y no pueden servir para un análisis político serio.

Cuando vienen de personas o grupos fuertemente ideologizados en uno u otro sentido, son explicables. Pero cuando provienen de quienes dicen inspirarse en la democracia y el pluralismo, dejan la impresión de que se trata de un vulgar populismo.

Sólo puede analizarse la política de ambas potencias y, por tanto, proponer un sistema de relaciones de nuestro país con ellas, si se parte de ciertos principios como los siguientes:

a) Aunque parezca tonto decirlo, reconocerlas como una aplastante realidad, ante la cual nuestro país no puede hacer nada, pues no tiene ninguna posibilidad de modificarlas en su esencia. Les puede pedir que en uno otro caso actúen de una u otra forma, pero no que cambien su modo sustancial de ser.





b) Ni la una, ni la otra, son la concreción de la virtud o de la maldad.

c) Criticar a una sola, sin fijarse en los errores o fallas de la otra, es condenarse irremediabilmente a hundirse en la pugna que existe entre ambas.

d) Sus actuaciones concretas deben ser juzgadas caso por caso, teniendo en cuenta los diversos fundamentos filosóficos de sus sistemas de vida gobierno y, por tanto, los intereses a los cuales obedece su política exterior.

e) Recordar que ambas son superpotencias que no pueden actuar sino con base en sus alianzas, sus estrategias mundiales y,

f) Sobre todo, que cualquiera de ellas que quiera tener relaciones con nuestro país o una presencia en él, debe respetar plenamente nuestros intentos por buscar un camino propio y consentimos la libertad de criticar sus acciones concretas.

Quizás por su agudeza, por su clarividencia, quisiéramos terminar este apartado citando unos conceptos de Tocqueville, teniendo presente que fueron escritos en el primer tercio del siglo pasado.

Estados Unidos estaba en proceso de formación y la colonización del Oeste era una característica fundamental del país. Rusia se encontraba inmersa en los conflictos bélicos con las potencias europeas:

“Hay hoy en la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos distintos, parecen avanzar hacia el mismo fin: los rusos y los angloamericanos.

Ambos han crecido en la oscuridad, y mientras las miradas de los hombres se di-

rigían a otros lugares, ellos se han situado de pronto en primera fila entre las naciones, y el mundo se ha enterado casi al mismo tiempo de su nacimiento y de su grandeza.

El americano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso está en pugna con los hombres. El uno combate al desierto y a la barbarie; el otro, a la civilización revestida con todas sus armas; las conquistas del norteamericano se hacen con la reja del labrador, y las del ruso con la espada del soldado.

Para alcanzar su objetivo, el primero se apoya en el interés personal y deja que actúen, sin dirigirlos, la fuerza y la razón de los individuos.

El segundo concreta en un hombre todo el poder de la sociedad.

Uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre.

Su punto de partida es diferente y sus caminos, distintos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de medio mundo".¹³³⁾

6. LOS GRANDES CONFLICTOS Y NOSOTROS

En América Latina está planteada la disyuntiva entre autoritarismo y democracia, y entre economía de mercado y economía centralmente planificada.

No hay duda que sobre América Latina han soplado en los últimos años vientos a veces huracanados, de libertad. Al menos nueve países han pasado en los últimos años de gobiernos autocráticos a otros elegidos libremente por el pueblo.





Sólo pocos gobiernos se han escapado de esa oleada democratizante.

Los regímenes autoritarios que quedan están en Paraguay, Chile y Cuba.

Atraviesan por una situación confusa Panamá y Haití, en los cuales no se sabe hacia dónde quiere marchar el régimen que se proclama democrático, aunque en la práctica parece dirigirse hacia el autoritarismo.

Han adoptado un sistema ideológicamente autoritario, aunque, de buena o mala gana, dejan espacios al pluralismo, Nicaragua y Guyana.

Hay quienes atribuyen el mantenimiento de las dictaduras tradicionales que todavía sobreviven, a un designio de los Estados Unidos. Algunos llegan a sostener que éstos promueven esas dictaduras en los otros países, como únicos aliados en los cuales confían.

Esos son razonamientos que si no provienen del sectarismo leninista, el cual tiene su lógica interna, son simples estupideces.

Son una estupidez porque los desmienten la lógica humana más elemental. Los Estados Unidos son pluralistas internamente y sus principales aliados lo son también. En otras épocas, los Estados Unidos podían tranquilamente apoyar las dictaduras de derecha, porque a sus aliados eso no les importaba, colonialistas o aliados de dictaduras como ellos mismos eran.

Ahora no es así. Cuando los norteamericanos coquetean demasiado con dictaduras de derecha, los países de Europa Occidental inmediatamente se lo reclaman.

En otros tiempos, proteger una tiranía tradicional daba por sentado que, si caía, las

mismas buenas relaciones se mantendrían con sus sucesores, ya fuesen demócratas o una nueva dictadura: tal fue el caso por decenios en América Latina.

Además, había razones para creer que el autoritarismo de derecha era el mejor antídoto contra el comunismo. Hoy no es así. Los casos de Cuba, Nicaragua, Viet Nam, Irán, Etiopía, para citar los primeros que se nos ocurren, demuestran que un gobierno represivo puede ceder el paso a un mortal e irreconciliable enemigo de Estados Unidos.

Así como que por muy represivo que sea, es susceptible de ser derrocado y, en vez de vacuna, resulte un seguro contagio del comunismo.

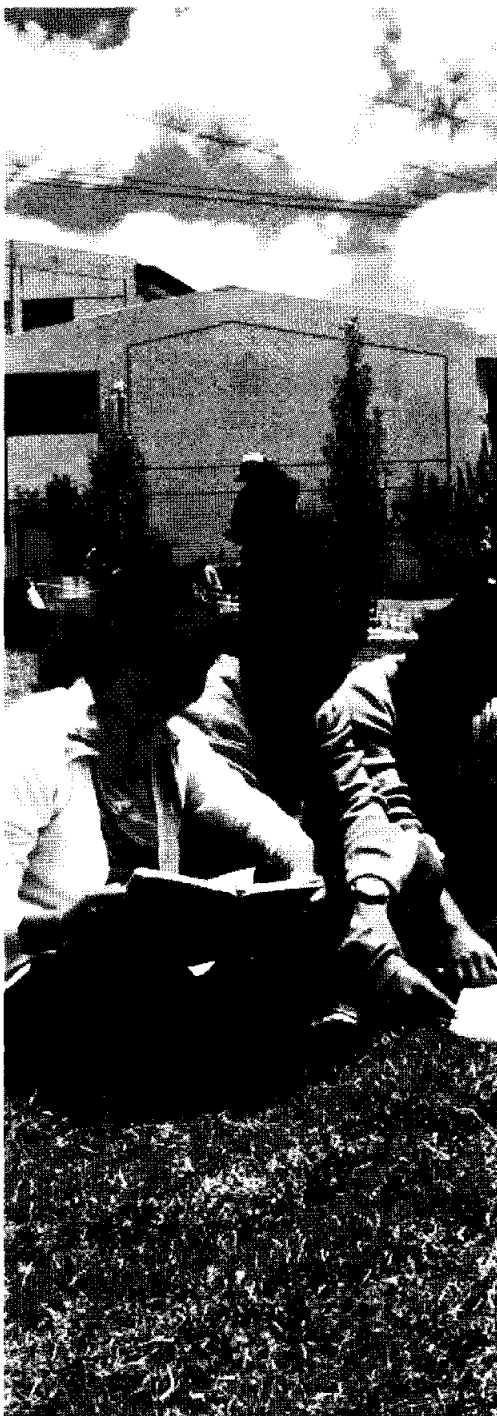
Si los Estados Unidos apoyan el establecimiento de democracias en América Latina, es porque sus intereses estratégicos así lo aconsejan. No queremos negar que haya buenas intenciones en sus gobernantes en preferir la libertad al autoritarismo en nuestros países.

Sólo queremos afirmar que el análisis político no se hace juzgando las intenciones, sino pensando en realidades objetivas.

Son una estupidez, igualmente, las afirmaciones mencionadas, porque basta leer los titulares de los periódicos para darse cuenta de lo contrario. En América Latina, aparte Cuba con la cual mantiene una confrontación permanente, los gobiernos más hostigados por la diplomacia norteamericana son los de Nicaragua y Chile.

Claro, a Chile no se le pone embargo ni se financia una guerrilla en su contra. Por la sencilla razón de que Chile no se ha vuelto





un enemigo implacable de Estados Unidos en los foros internacionales como ha hecho Nicaragua; porque Chile no fomenta acciones guerrilleras contra aliados de Estados Unidos; porque su gobierno no participa en el narcotráfico y, simplemente porque las bases filosóficas del sistema económico chileno no son antagónicas del norteamericano.

Todas éstas son razones de "realpolitik", que si no se tienen en debida cuenta se cae en el simplismo más grosero.

En Centroamérica los mismos vientos de libertad han soplado. No es necesario detenernos en los casos de cada uno de los países. Detengámonos sólo en el de El Salvador y en aquél con el cual tenemos una abierta contraposición, Nicaragua.

En este último país, la revolución apenas iniciada en 1979, empezó a copiar el modelo cubano hasta en detalles superficiales.

Un analista socialista, Luciano Vasconi, en una revista socialista "Italia internazionale" (Año III, No. 4, abril de 1983), sostenía que cuando Fidel Castro llegó al poder en 1959, el titular de la Casa Blanca, el republicano Eisenhower, fue incapaz de comprender las motivaciones sociales de la revolución y empezó a boicotearla cuando todavía era "salvabie" para Occidente.

De ahí en adelante la radicalización fue tan precipitada que lanzó a Cuba a los brazos de la Unión Soviética.

Por nuestra parte pensamos que haber hecho creer al mundo que su alineamiento con la URSS fue culpa de los Estados Unidos, constituye el mayor triunfo político-diplomático de Fidel Castro; de hecho es uno

de los mayores éxitos político-diplomáticos de nuestro tiempo.

Cierto que si en los primeros tiempos Castro tuvo algunas vacilaciones, no las tuvieron muchos de sus cercanos colaboradores, marxista-leninistas desde el principio; y que de inmediato se montó una maquinaria propagandista que hizo del ataque sistemático y total a los Estados Unidos su "leit motiv".

Volviendo al artículo de Vasconi, éste señala que, en cambio, cuando el FSLN tomó el poder en Nicaragua, había en Estados Unidos un presidente demócrata, Carter, que sí había advertido el significado de la revolución y la había apoyado hasta consentirle la victoria.

"Y aquí, en Nicaragua, el error primordial fue hecho por los "sandinistas" que buscaron inmediatamente la ayuda de Cuba y la Unión Soviética que no era necesaria ni inevitable".

La apreciación de Vasconi es correcta. Los nuevos gobernantes nicaragüenses mostraron gran impaciencia por seguir el modelo cubano como ya dijimos. Iniciaron una retórica rabiosamente antiyanki no sólo dentro de Nicaragua sino en todo el mundo; creando al efecto un servicio diplomático costosísimo, que hoy consume tanto como el valor de las exportaciones de Nicaragua, que calca al servicio cubano hasta en detalles mínimos.

No han podido crear una maquinaria de propaganda tan grande como la cubana, por falta de tiempo y recursos; pero cuentan ya con una vasta red de centros "culturales" y de información.

El régimen dio pasos acelerados para crear un régimen policial dentro de la me-

jor tradición marxista-leninista. Suprimió los medios de comunicación contrarios al gobierno y creó esa versión subdesarrollada y artesanal del "telescreen" que son los comités de barrio.

El "telescreen" es una pantalla que hay en cada casa para que la policía pueda observar todos los movimientos de los habitantes, en la terrorífica novela de Orwell "1984", que imagina un mundo donde, desaparecido el "imperialismo", tres megaestados "revolucionarios" viven haciéndose la guerra entre ellos (como hoy viven la URSS, China y Viet Nam, por ejemplo) y someten al individuo a una regimentación absoluta.

Por las calles y en todo lugar, el ciudadano se encuentra con el rostro del líder (cuya descripción recuerda a Stalin), que realmente no se sabe si existe, pero que encarna el poder total, la opresión total. El retrato dice siempre "Big Brother is watching you" (el Gran Hermano-título del dictador supremo-te está observando).

Ese es el mismo mensaje de los rótulos que en Nicaragua dicen "Contrarrevolucionario, doscientos mil ojos te vigilan", aludiendo a los cien mil espías que, barrio por barrio, cuadra por cuadra, controlan a los ciudadanos.

Las medidas represivas, las tendencias totalitarias, hicieron que la alianza original de fuerzas antisomocistas se rompiera muy pronto. Y el continuo cierre de espacios condujo a la guerrilla, como en Eritrea, como en El Salvador.

Cuando un gobierno despótico excluye del juego político a los demás sectores de la sociedad, la culpa de que surja un movimiento insurreccional, es suya; no de los

insurrectos, ni de los gobiernos que los apoyan. Cuando Somoza cerró las puertas de la vida nacional a muchos sectores, responsable de la rebelión fue él y no el gobierno de Costa Rica, que tanto ayudó a los rebeldes.

En un momento determinado, mejor dicho durante un cierto periodo, pareció que Nicaragua avanzaba hacia una especie de Etiopía: un gobierno opresor que generaba rebeliones por todos lados (al norte combatía el FDN, al Sur Pastora; en los mares, los norteamericanos ponían minas o torpedeaban los cargueros que llevan armas), hacía pensar que recurriría a Cuba, cuya intervención provocaría sin duda otras intervenciones.

La guerra caótica habría rebalsado a Centroamérica.

El efecto moderador de Contadora por fortuna impidió lo peor. Los países y partidos democráticos de América y de Europa, presionaron al gobierno de Nicaragua para que no se aferrase al modelo cubano, pues las circunstancias históricas, geográficas y de todo tipo eran distintas e influyeron en Estados Unidos para que moderase también su intervención.

La presión militar de la guerrilla, así como las desastrosas condiciones económicas, hicieron el resto. Esquipulas II vino a propiciar la oportunidad para que la marcha atrás no fuese deshonorosa sino honorable.

Nicaragua se salvó del estalinismo, se evitó la suerte de Cambodia y de Guinea Ecuatorial. Sus gobernantes han dado pruebas de acercarse más al modelo Zimbawe que al de esos países.

Si moderaran su estéril cuanto infantil verborrea antiyanki, quizás podrían convivir con Estados Unidos y hasta recibir ayuda del mismo.

Algunos piensan que Cuba y la Unión Soviética han sido factores de moderación en Nicaragua. Es posible que así sea. No porque de repente hayan hecho acto de contrición, sino porque así lo reclaman sus intereses estratégicos.

En efecto, la Unión Soviética y Cuba se encuentran comprometidas militarmente en Cambodia, en Afganistán, en el Medio Oriente, en Etiopía, en Angola, en Mozambique, para mencionar solamente los países donde se combate, sin contar aquellas zonas de tensión como en Yemen del Sur, donde tienen una fuerte presencia militar.

El costo de ese aparato de guerra es fácil imaginarlo. Cuando la Unión Soviética decidió salvar al gobierno de Mengistu, llevó 10,000 soldados cubanos transfiriéndolos desde Angola, más 15,000 llevados directamente desde Cuba. Esas operaciones, junto con el reponer los combatientes tomados de Angola, trasportándolos desde Cuba, requirieron unos 5,000 vuelos en siete meses, o sea 24 al día.⁽³⁴⁾

Hemos recordado el costo de esa operación de rescate de Mengistu: unos 2,500 millones de dólares. Hace poco, el presidente Arias de Costa Rica denunciaba que la ayuda militar al gobierno nicaragüense, por parte de la URSS y los países socialistas, llegaba casi a esta cifra: unos 2,000 millones de dólares.⁽³⁵⁾

En Afganistán la URSS mantiene unos 150,000 soldados peleando desde hace ocho años. Cuba ha mandado mucho más

de 200,000 combatientes a diversas partes del mundo, según admisión pública de Castro. De dos mil en dos mil, de mil en mil, los millones de dólares que la URSS y Cuba gastan en sostener guerras y guerrillas, llegan a pesar.

Cierto que su forma de gobierno permite que cualquier sacrificio impuesto al pueblo para soportar la maquinaria bélica, no sea objeto de protesta; pero al fin y al cabo los gastos desgastan. Y la URSS y Cuba temen entrar a otro conflicto.

La nueva política de Gorbachov seguramente no es ajena a esa "moderación" del gobierno nicaragüense. Sería objeto de un amplio estudio (y esta revista se propone realizarlo) el verdadero alcance del reformismo y la moderación del actual jefe del Estado soviético.

Pero los hechos visibles basta para convencernos de que (cualquiera que sea su intención o su causa) está introduciendo cambios que conducen a la distensión. Bastaría al efecto citar los dos hechos más ostensibles: el tratado sobre los euromisiles y el retiro de Afganistán, cosa que hace apenas pocos años hubieran parecido milagrosas.

Así, en Nicaragua, ha habido también recientemente dos acontecimientos que hace pocos meses ni siquiera hubieran sido imaginables.

Uno es el diálogo entre el gobierno y los rebeldes, después que Ortega y el resto de gobernantes juraron y rejuraron, una y otra vez, por años, que jamás hablarían con ellos.

Otro es algo en apariencia pequeño, pero de una enorme trascendencia.

Los periódicos de oposición, en especial La Prensa (cuya reapertura tantos elogios atrajo al gobierno), se quejaban de que no podían seguir apareciendo por falta de papel. Después de cierto estiramiento, el periódico oficialista "Barricada" se los proporcionó; a La Prensa se le autorizaron dólares para importarlo.

Esos hechos exorbitan por completo de la ortodoxia leninista. No se les puede criticar, pues, con base en un esquemático, sectario, antikomunismo. No es posible saber hasta dónde llegará, cuánto tiempo durará, la flexibilidad del régimen nicaragüense.

Ni hay por qué ocurrir a la "detrología" (la ciencia de buscar lo que está detrás) para interpretarlo. Basta que sea hechos objetivos. Lo que nosotros necesitamos para que nuestros países convivan en paz son cuatro cosas fundamentales: a) Que no se siga fomentando desde Nicaragua la violencia en El Salvador; b) que se detenga el armamentismo y se reduzca a niveles que no hagan sentir amenazados a los países vecinos; c) que se establezca un suficiente grado de pluralismo, capaz de consentir a todos los nicaragüenses el vivir en su patria.

Hemos sostenido en este artículo que el marxismo-leninismo puede convivir y aun cooperar con la democracia al interior de un país. Y que es posible que un gobierno marxista-leninista pueda coexistir pacíficamente con otros de naturaleza democrática.

Para ello, dijimos, se necesita una práctica sana, humana y, en cada caso, patriótica y realista. No hay motivos para que ello no pueda darse en Centroamérica.

El Salvador ha elegido la vía del pluralismo y, salvo una improbable victoria armada



de la guerrilla, ese pluralismo orientará la vida nacional en el futuro.

La democracia, hemos dicho con Craxi, presupone la existencia de una pluralidad de centros de poder (económicos, políticos, religiosos, etc.) cuya dialéctica impide la formación de un poder absorbente y totalitario.

En la sociedad pluralista no hay ninguna filosofía oficial de Estado, ninguna verdad obligatoria. Las leyes de la competencia rigen en la economía, en la política y en las ideas.

Añadamos que si ninguna ideología tiene el monopolio del Estado, tampoco ninguna puede quedar excluida del mismo. La convivencia con el marxismo-leninismo, pues, se impone, si queremos hacer realidad el modelo de sociedad que nos hemos trazado.

Por supuesto, el esfuerzo por convivir con los marxistas-leninistas no depende sólo de los no marxistas, de los no leninistas, sino al contrario.

Los marxistas-leninistas (y los que por oportunismo o demagogia se apropian de su lenguaje) tendrían que renunciar a rígidos esquemas ideológicos; y reconocer que la filosofía política de ellos es una más de un ancho espectro, sujetas a verdades y errores como las demás.

El antikomunismo por fortuna ha dejado de ser inspiración del accionar estatal. Se mantiene sólo en las cabezas calenturientas y arcaicas de algunos nostálgicos del pasado. Sería necesario que el "antiimperialismo" no sea la plaga que lo sustituya.

7. LOS GRANDES CONFLICTOS Y ESTA REVISTA

Esta revista se propone mantener la atención puesta en los grandes temas de nuestros días y la forma en que afectan a El Salvador.

No nos ocuparemos sólo de los conflictos, grandes y pequeños, sino de todo lo que en alguna medida afecte a la sociedad salvadoreña.

Trataremos, sin embargo, con especial énfasis, que los conflictos que nos afectan sean analizados a la mayor profundidad que consientan el medio salvadoreño y la naturaleza de una revista que, al fin y al cabo, es divulgativa.

Para buscar que esos conflictos no se den entre nosotros o, que si se dan, se resuelvan por los métodos propios de los hombres civilizados: el diálogo y la persecución del interés común.

En este número se recoge una serie de artículos sobre diversos temas. Cada uno está tratado por un especialista. Esperamos en el futuro que otros nos ayuden a iluminar el duro camino que a nuestra Patria le toca recorrer.

No tenemos al efecto más que un solo prejuicio: lo que se publique en estas páginas debe fortalecer el espíritu democrático.

NOTAS

* Publicado en el primer número de la revista *Presencia*, del Centro de Investigaciones Tecnológicas y Científicas (CENITEC), San Salvador, abril-junio de 1988.

- (1) Theodore C. Sorensen, "Kennedy", Vol. 1, 3a. edición, Grijalbo, México 1972, pág. 20.
- (2) "Demasiadas revoluciones no han alcanzado y creado la nueva 'isla feliz'. Demasiadas revoluciones se han degenerado y han perdido su impulso original de liberación. En demasiados casos el poder autoritario ha embocado la vía de su propia eternización. El mundo conoce los casos de un poder que pretende ser revolucionario pero oprime los derechos del pueblo". Bettino Craxi, "L'internazionale socialista" (La Internacional socialista), Rizzoli, Milán, 1979, págs. 62.
- (3) Bettino Craxi, "Pluralismo o leninismo", SugarCo Edizioni srl, Milán, 1978, págs. 11-23.
- (4) Diario Le Monde, París, 29 de agosto de 1980.
- (5) Comunicado de la agencia Dena, Roma, 24 de abril de 1981.
- (6) Diario The Guardian, Londres, 28 de febrero de 1981.
- (7) Juan José Arévalo, Fábula del Tiburón y las Sardinias, Prensa Latinoamericana S.A., Santiago de Chile, pág. 157.
- (8) Juan José Arévalo, Antikomunismo... cit., pág. 31.
- (9) Revista Newsweek, Nueva York, 15 de febrero de 1988.
- (10) Diario La Prensa Gráfica, San Salvador, 13 de diciembre de 1987.
- (11) Diario La Prensa Gráfica, San Salvador, 10 de octubre de 1987.
- (12) Diario Il Giornale, Milán, Italia, 7 de mayo de 1984.
- (13) Ídem. Se trata de un largo artículo de Lucio Lami, experto en problemas del comunismo.
- (14) Jean Francois Revel, "Come finiscono le democrazie" (Cómo terminan las democracias), Rizzoli, Milán, 1984, pág. 303.
- (15) Revel, ob. cit. pág. 326.
- (16) Revel, ob. cit. págs. 239-240.
- (17) Así los denominaba el periódico de las fuerzas armadas vietnamitas, citado por el diario La Repubblica de Roma el 5 abril de 1984.
- (18) Diario Il Tempo, Roma, 9 de julio de 1983.
- (19) La Repubblica 20-21 de octubre de 1985.
- (20) Revista de la Comisión Internacional de Juristas, Nº 26, junio de 1961, artículo reproducido en la revista *Development: Seeds of Change* 1984:3, Roma, la misma fecha.
- (21) Según el Frente para la Liberación del pueblo de Tigray, a fines de 1982 cerca del 80% de la población del Imperio Etíope se encontraba luchando política o militarmente contra el régimen: "Los pueblos de Tigray, Oromia, Somalia Occidental, Sidaza, etc. están luchando por su derecho a la libre determinación". En *People's Óbice* (Voz del Pueblo), publicación de la Oficina de las Relaciones Internacionales del Frente para la Liberación del Pueblo de Tigray, s.e.,s.l., enero de 1983.
- (22) La Repubblica, 12 de noviembre de 1985.
- (23) La información utilizada sobre Etiopía viene de las fuerzas citadas y, entre otras, de las siguientes: Boletín de la Cruz Roja Internacional, Ginebra, 1980; servicio de Vittorio Mangio villani en el semanario *La Discussione*, Roma 21 de enero de 1985; hojas informativas varias de los frentes de la liberación de Eritrea y de Tigray; artículos varios en un "dossier" de la revista *Diálogo Nord/Sud* titulado "Eritrea, la guerra olvidada", Roma 18 de noviembre de 1982.
- (24) Las historias sobre el asesinato de funcionarios y los castigos a los opositores; sobre la ruina espantosa en que quedó el país; sobre la presencia y fidelidad de cubanos y soviéticos, se las han contado al autor funcionarios internacionales que han servido en Guinea Ecuatorial, quienes

las escucharon de la gente del lugar, algunos de ellos testigos presenciales. Los otros datos, por lo demás generalmente aceptados, los reportan Revel en su obra citada y Claire Sterling en "La trama del terror" (La red del terror), traducción de María Giulia Castagnone, Mondadori, Milán, 1981. Ambos toman la información del periodistas como Wue que conocieron directamente los hechos.

(25) Le Monde, 5 de febrero de 1986.

(26) Claire Sterling, ob. cit., pág. 331.

(27) Ídem.

(28) Ídem.

(29) Se puede llegar al extremo de Daniel Ayres, un médico argentino cuyo libro "Estados Unidos una Mentira", Editorial Eféda, Buenos Aires, 1956, nos encontramos por casualidad en Buenos Aires hace 30 años. Según él, partió con grandes ilusiones a conocer Estados Unidos y se asqueó de todas y cada una de las manifestaciones de la vida de ese país. La obra es una diatriba constante. El fruto de alguien que, aun cuando sostenga

lo contrario, partió con un profundo prejuicio y juzgó para consolidar sus preconceitos y no para buscar la verdad.

(30) Mientras el libro de Ayres se perdió en la insignificancia polvorienta de ignotos anaqueles, los escritos de Alexis de Tocqueville, en los cuales llega a elogiar todo, absolutamente todo lo que concierne a los Estados Unidos, se han convertido en monumentos clásicos del pensamiento político. Tocqueville da un testimonio de la democracia norteamericana cuando, en el siglo pasado, conservaba su originaria pureza.

(31) Véase por ejemplo el servicio "La herencia militarizada de Arias" de Síntesis Latinoamericana, Praga, abril de 1986.

(32) Síntesis Latinoamericana, 12 de noviembre de 1985.

(33) Alexis de Tocqueville, "Democracia y Sociedad", Libro Libre, San José, 1986, págs. 287-88.

(34) Claire Sterling, ob. cit. pág. 285.

(35) La Prensa Gráfica, 11 de abril de 1988.